



José Martí

Semblanza de un genio

Por: Alfonso M. Escudero

(Tomado del Prólogo de: José Martí - Páginas Escogidas - 1953 - Buenos Aires)

(CUARTA DE 6 PARTES)

II MÁS TRAZOS PARA SU RETRATO ESPIRITUAL

Su anticatolicismo.

Martí -escribe Manuel Pedro González- "no fue adepto a ninguna religión positiva u organizada, aunque en el fondo era un espíritu con sed religiosa".

Formado en un catolicismo superficial, más tarde ataca a la Iglesia Católica, especialmente en cuanto cooperadora de España ("el clero, por quien España perdura en América").

Y como muchos de los interesados en desgajar del árbol español sus brotes, se afiló a la masonería desde joven; y de su catolicismo ya no sobrevivirá sino una borrosa huella estética.

Su antiespañolismo

Las llagas que le dejaron en las piernas los grillos de cuando muchacho, solían reabrirse. Pero la herida más tenaz fue la que quedó en el alma: no cicatrizó nunca.

"La Historia de todos los países -ha observado Hernández-Catá- dice que sus enemigos fueron malos siempre".

Martí había nacido de padres españoles y en tierra gobernada por españoles. Pero, formada en él la convicción de que la independencia de Cuba era necesaria, español pasó a ser sinónimo de injusto y malo. Y ya ni la historia ni la civilización y la cultura españolas se libran de sus saetas.

En cierta ocasión se excusa de escribir en papel español; y cuando, a propósito de la Exposición de París (1889), pasa revista a las civilizaciones de la historia, se olvida de España.

Y desde que se da cuenta en México y Guatemala de la grandeza del pasado indígena, se hace indigenista, exalta desmedidamente a Las Casas, denigrador de la colonización española; y cuando habla de que tenemos la obligación de conocer a nuestra América, se refiere sólo a los indios: olvida a los blancos y a los mestizos; y hasta la inocente palabra patriarca adquiere bajo su pluma un significado denigrante.

Nuestra América y la otra

Pero no se descende de españoles en vano.

"El apóstol del separatismo cubano -escribe Chacón y Calvo- cuidaba mucho de distinguir lo hispánico del hecho colonial; compartía el régimen colonial de España, pero tenía un alto respeto por el espíritu español".

Sobre todo a la lengua de España le guardó una lealtad de conocedor y enamorado.

Como procuraba evitar el calificativo de español, no llamó *española* a "nuestra América". A veces dijo Hispanoamérica, pero más frecuentemente sólo "nuestra América".

Y de los Estados Unidos, centro de sus operaciones durante 14 años, y de los que trató en colaboraciones que hoy ocupan 17 volúmenes de la edición Trópico, desconfió desde el primer momento y siempre.

La guerra de Texas fue para él "una guerra infame".

"En vano... nos convida este país con su magnificencia, y la vida con sus tentaciones, y con sus cobardías el corazón, a la tibieza y al olvido. Donde no se olvida, y donde no hay muerte, llevamos a nuestra América, como raíz y como hostia; y ni el interés corruptor, ni ciertas modas nuevas de fanatismo, podrán arrancárnosla de allí".

Por eso la idea anexionista era para él **"el peligro mayor, mayor tal vez que casi todos los peligros".**

¿Quién, por huir de un espantapájaros, se echaría a un horno encendido?"

Y conste que Martí conoció a los Estados Unidos de la otra América como ningún otro escritor de habla española.

"Vivi en el monstruo, y le conozco las entrañas" decía a Mercado la víspera de su muerte.

Un hombre que pensara o sintiera así, ¿podría ser panamericanista?

Era hispanoamericanista: **"las familias de pueblos, como los partidos políticos, frente al peligro común, aprietan los lazos".**

Y, cosa curiosa, y reveladora de la pro-

fundidad de la impronta española, su larga permanencia en los Estados Unidos no le hizo olvidar el ritmo castellano, como le pasa en el extranjero a tanto trasplantado.

Otras notas

"El que no oyó a Martí en la intimidad, no se da cuenta de todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana", dijo una vez Diego Vicente Tejera.

Quienes lo conocieron, parece como que se contagiaron algo de su charme al pretender evocarlo; y cuentan, y no acaban, de él.

"Algo de niño conservó siempre", ha observado Hernández-Catá, y su dejo franciscano acaso esté relacionado con esa niñez.

Tuvo amigos tan adictos como Fermín Valdés Domínguez, Enrique Estrázulas, Gonzalo de Quesada y Aróstegui y Manuel Mercado. Y la lista podría prolongarse mucho.

A pesar de que cautos consejeros gastaron frecuente empeño en frenarlo, vivió magnetizado por un ideal cívico (la obtención de la patria independiente), y con su poder eléctrico de persuasión magnetizó a los demás y se convirtió naturalmente en un caudillo civil, endeble, pero ardiente; apasionado, pero sereno en medio de la borrasca.

Y acaso tanto como el de la rebelión tuvo el gusto por la mujer, no sólo en el aspecto de la carne **"que tienta con sus frescos racimos"**, sino también en el de tierno reclinatorio en que apoyar la cabeza fatigada.

Otro distintivo suyo constante fue su capacidad de amalgamar el espíritu realista con la aspiración idealista, el sentido poético con el sentido práctico, como Santa Teresa, la que encontraba a Dios entre los pucheros.

(Continuará)